

The book cover features a central illustration of a woman with her eyes closed, looking down at a bouquet of yellow chrysanthemums she is holding. She is wearing a brown shawl over a dark blue dress. The background is a hazy landscape with rolling hills and a factory with a tall chimney and a wooden structure. The top of the cover has a decorative border with golden, sunburst-like patterns. The text is overlaid on the illustration.

D.H. Lawrence

Olor a
Crisantemos

E LEJANDRIA

The book cover features a central illustration of a woman with her eyes closed, looking down at a bouquet of white chrysanthemums she is holding. She is wearing a brown shawl over a dark dress. The background is a hazy landscape with a factory and a tall chimney, suggesting an industrial setting. The overall color palette is muted, with earthy tones and soft lighting. At the top, there are decorative golden wing-like motifs.

D.H. Lawrence

Olor a
Crisantemos

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

OLOR A CRISANTEMOS

D. H. LAWRENCE

PUBLICADO: 1911
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

I

La pequeña locomotora, número 4, bajaba traqueteando, a trompicones, desde Selston con siete vagones cargados. Apareció tras la curva con ruidosas amenazas de velocidad, pero el potro al que sobresaltó entre las aulasgas, que aún parpadeaban confusamente en la cruda tarde, la dejó atrás al galope. Una mujer, que caminaba por la vía del tren hacia Underwood, se apartó hacia el seto, dejó a un lado su cesta y observó cómo avanzaba la plataforma de la locomotora. Los vagones pasaron con un golpe sordo y pesado, uno por uno, con un movimiento lento e inevitable, mientras ella permanecía insignificamente atrapada entre los traqueteantes vagones negros y el seto; luego se desviaron en una curva hacia el soto, donde las marchitas hojas de roble caían sin hacer ruido, mientras los pájaros, que picoteaban los escaramujos escarlata junto a la vía, se perdían en el crepúsculo que ya se había deslizado en el bosquecillo. Al descubierto, el humo de la locomotora descendía y se adhería a la hierba áspera. Los campos estaban sombríos y desamparados, y en la franja pantanosa que conducía al malacate, un estanque de mina cubierto de juncos, las aves de corral ya habían abandonado su correteo entre los alisos para posarse en el gallinero alquitranado. El escorial de la mina se cernía más allá del estanque, con llamas como llagas rojas que lamían sus costados cenicientos, bajo la luz estancada de la tarde. Justo detrás se alzaban las afiladas chimeneas y los torpes castilletes negros de la mina de Brinsley. Las dos poleas giraban veloces contra el cielo, y la máquina de extracción soltaba sus pequeños espasmos con un golpeteo. Estaban subiendo a los mineros.

La locomotora silbó al entrar en la ancha playa de vías junto a la mina, donde hileras de vagones aguardaban como en un puerto.

Mineros, solos, en fila o en grupos, pasaban como sombras que se dispersaban hacia sus casas. Al borde de la estriada llanura de vías de apartadero se agazapaba una casita baja, a tres escalones del sendero de ceniza. Una parra grande y huesuda se aferraba a la casa, como si quisiera arrancar el tejado de tejas. Alrededor del patio de ladrillos crecían unas pocas primulas invernales. Más allá, el largo jardín descendía en pendiente hasta el cauce de un arroyo cubierto de matorrales. Había algunos manzanos de ramas delgadas, unos cuantos de grieta invernal y coles desgredadas. Junto al sendero colgaban crisantemos rosas desaliñados, como paños rosas colgados de los arbustos. Una mujer salió agachada del gallinero cubierto de fieltro, a medio camino del jardín. Cerró la puerta con candado y luego se enderezó, tras sacudirse unas migajas del delantal blanco.

Era una mujer alta, de porte imperioso, hermosa, con unas cejas negras y definidas. Su liso cabello negro estaba peinado con una raya perfecta. Durante unos instantes permaneció inmóvil, observando a los mineros que pasaban por la vía del tren; luego se volvió hacia el cauce del arroyo. Su rostro estaba sereno e impasible, su boca cerrada por la desilusión. Al cabo de un momento, llamó:

— ¡John!

No hubo respuesta. Esperó y luego dijo con claridad:

— ¿Dónde estás?

— ¡Aquí! —replicó una voz infantil y hosca desde los arbustos. La mujer escudriñó la penumbra con mirada penetrante.

— ¿Estás en ese arroyo? —preguntó con severidad.

Por toda respuesta, el niño se mostró ante los frambuesos que se alzaban como látigos. Era un niño pequeño y robusto, de cinco años. Se quedó completamente quieto, desafiante.

— ¡Ah! —dijo la madre, conciliadora—. Creí que estabas abajo, en ese arroyo mojado... y ya recuerdas lo que te dije...

El niño no se movió ni respondió.

—Vamos, entra ya —dijo ella más suavemente—, está oscureciendo.
¡Ahí viene la locomotora de tu abuelo por la vía!

El muchacho avanzó despacio, con un movimiento resentido y taciturno. Vestía pantalones y un chaleco de una tela demasiado gruesa y dura para el tamaño de las prendas. Evidentemente, estaban hechos con ropa de hombre.

Mientras caminaban lentamente hacia la casa, él arrancaba las deshilachadas hebras de los crisantemos y dejaba caer los pétalos a puñados por el sendero.

—No hagas eso... qué feo queda —dijo su madre.

Él se contuvo, y ella, de pronto compadecida, arrancó una ramita con tres o cuatro flores pálidas y se las acercó al rostro. Cuando madre e hijo llegaron al patio, la mano de ella vaciló y, en lugar de dejar la flor a un lado, la metió en la cinta del delantal. La madre y el hijo se detuvieron al pie de los tres escalones, contemplando, al otro lado de la playa de vías, el paso de los mineros que volvían a casa. El traqueteo del trenecillo era inminente. De repente, la locomotora apareció junto a la casa y se detuvo frente a la cancela.

El maquinista, un hombre bajo con una barba gris y redonda, se asomó desde la cabina, muy por encima de la mujer.

—¿Tienes una taza de té? —dijo con un tono alegre y cordial.

Era su padre. Ella entró, diciendo que lo prepararía. Regresó al instante.

—No vine a verte el domingo —empezó el hombrecillo de barba gris.

—No te esperaba —dijo su hija.

El maquinista hizo una mueca; luego, recuperando su aire alegre y desenfadado, dijo:

—Ah, ¿entonces te has enterado? Bueno, ¿y qué te parece...?

—Me parece que es demasiado pronto —replicó ella.

Ante su breve censura, el hombrecillo hizo un gesto de impaciencia y dijo en tono persuasivo, pero con una frialdad peligrosa:

—Bueno, ¿qué puede hacer un hombre? No es vida para un hombre de mis años sentarse en su propio hogar como un extraño. Y si voy a casarme

otra vez, lo mismo da que sea pronto que tarde... ¿qué más le da a nadie?

La mujer no respondió, sino que se dio la vuelta y entró en la casa. El hombre en la cabina de la locomotora permaneció en actitud resuelta, hasta que ella regresó con una taza de té y un trozo de pan con mantequilla en un plato. Subió los escalones y se detuvo junto a la plataforma de la locomotora siseante.

—No tenías por qué traerme pan con mantequilla —dijo su padre—. Pero una taza de té —sorbió con aprecio—, está muy bueno.

Sorbió durante un momento o dos, y luego:

—He oído que Walter está en una de sus juergas otra vez —dijo.

—¿Y cuándo no? —dijo la mujer con amargura.

—Oí hablar de él en el «Lord Nelson», fanfarroneando de que se iba a gastar ese maldito dinero antes de irse: medio soberano era.

—¿Cuándo? —preguntó la mujer.

—El sábado por la noche... sé que es verdad.

—Muy probable —rio ella con amargura—. A mí me da veintitrés cheelines.

—¡Sí, es una buena cosa, cuando un hombre no puede hacer nada con su dinero más que embrutecerse! —dijo el hombre de patillas grises.

La mujer volvió la cabeza. Su padre se bebió el último sorbo de té y le entregó la taza.

—Ay —suspiró, limpiándose la boca—. Esto es la puntilla, sí que lo es...

Puso la mano en la palanca. La pequeña locomotora se esforzó y gimió, y el tren retumbó hacia el cruce. La mujer volvió a mirar al otro lado de los raíles. La oscuridad se estaba asentando sobre los espacios de la vía y los vagones; los mineros, en grupos grises y sombríos, todavía pasaban de camino a casa. La máquina de extracción latía apresuradamente, con breves pausas. Elizabeth Bates contempló el lúgubre flujo de hombres y luego entró en la casa. Su marido no llegaba.

La cocina era pequeña y estaba llena de la luz del fuego; brasas rojas se amontonaban incandescentes en la boca de la chimenea. Toda la vida de la

estancia parecía concentrarse en el hogar blanco y cálido y en el guardafuegos de acero que reflejaba el fuego rojo. La mesa estaba puesta para el té; las tazas brillaban en las sombras. Al fondo, donde los escalones más bajos invadían la habitación, el niño se afanaba con un cuchillo y un trozo de madera blanca. Estaba casi oculto en la sombra. Eran las cuatro y media. Solo tenían que esperar la llegada del padre para empezar a tomar el té. Mientras la madre observaba la pequeña y hosca lucha de su hijo con la madera, se vio a sí misma en su silencio y pertinacia; vio al padre en la indiferencia de su hijo hacia todo lo que no fuera él mismo. Parecía estar ocupada por su marido. Probablemente había pasado de largo de su casa, se había escabullido frente a su propia puerta, para beber antes de entrar, mientras su cena se estropeaba y se echaba a perder esperándolo. Miró el reloj y luego cogió las patatas para escurrirlas en el patio. El jardín y los campos más allá del arroyo estaban envueltos en una oscuridad incierta. Cuando se levantó con la cacerola, dejando el desagüe humeando en la noche tras ella, vio que las lámparas amarillas estaban encendidas a lo largo de la carretera que subía la colina, más allá del espacio de las vías del tren y del campo.

Luego, de nuevo, observó a los hombres que regresaban a casa en tropel, cada vez menos.

Dentro, el fuego se estaba apagando y la habitación tenía un tono rojo oscuro. La mujer puso la cacerola sobre la plancha de la cocina y colocó un pudín de rebozado cerca de la boca del horno. Luego se quedó inmóvil. Al instante, con gratitud, unos pasos jóvenes y rápidos llegaron a la puerta. Alguien se detuvo un momento en el pestillo, luego entró una niña pequeña y empezó a quitarse la ropa de calle, arrastrando sobre los ojos una masa de rizos, que justo maduraban de dorados a castaños, junto con el sombrero.

Su madre la reprendió por llegar tarde de la escuela y le dijo que tendría que dejarla en casa los oscuros días de invierno.

—Pero, madre, si apenas está oscuro. La lámpara no está encendida y mi padre no ha llegado.

—No, no ha llegado. ¡Pero son las cinco menos cuarto! ¿Le has visto por algún lado?

La niña se puso seria. Miró a su madre con grandes y melancólicos ojos azules.

—No, madre, no le he visto. ¿Por qué? ¿Ha subido y ha pasado de largo, hacia Old Brinsley? No lo ha hecho, madre, porque no le he visto.

—Ya se cuidaría de eso —dijo la madre con amargura—, se aseguraría de que no le vieras. Pero puedes estar segura de que está sentado en el «Prince o' Wales». No llegaría tan tarde.

La niña miró a su madre con lástima.

—Tomemos el té, madre, ¿quieres? —dijo ella.

La madre llamó a John a la mesa. Abrió la puerta una vez más y miró hacia la oscuridad de las vías. Todo estaba desierto; no podía oír las máquinas de extracción.

«Quizás —se dijo a sí misma—, se ha parado a que le hagan algún descombro».

Se sentaron a tomar el té. John, en el extremo de la mesa cercano a la puerta, estaba casi perdido en la oscuridad. Sus rostros estaban ocultos el uno del otro. La niña, acurrucada junto al guardafuegos, movía lentamente un grueso trozo de pan ante el fuego. El muchacho, con el rostro como una mancha oscura en la sombra, se sentó a observarla a ella, que estaba transfigurada por el resplandor rojo.

—Creo que es precioso mirar el fuego —dijo la niña.

—¿Ah, sí? —dijo su madre—. ¿Por qué?

—Es tan rojo, y está lleno de pequeñas cuevas... y da una sensación tan agradable, y casi puedes olerlo.

—Habrá que atizarlo enseguida —replicó su madre—, y entonces, si viene tu padre, se pondrá a protestar y a decir que nunca hay fuego cuando un hombre llega a casa sudando de la mina. Una taberna siempre está lo bastante caliente.

Hubo silencio hasta que el niño dijo quejumbrosamente:

—Date prisa, nuestra Annie.

—¡Ya lo hago! No puedo hacer que el fuego lo haga más rápido, ¿verdad?

—Lo anda zarandeando para ir más despacio —refunfuñó el niño.

—No tengas tan mala imaginación, hijo —replicó la madre.

Pronto, la habitación se llenó en la oscuridad con el crujiente sonido de la masticación. La madre comió muy poco. Bebió su té con determinación y se quedó pensando. Cuando se levantó, su enfado era evidente en la severa inflexibilidad de su cabeza. Miró el pudín en el guardafuegos y estalló:

—¡Es una vergüenza que un hombre ni siquiera pueda venir a casa a cenar! Si se achicharra hasta convertirse en ceniza, no veo por qué debería importarme. Pasa por delante de su propia puerta para irse a una taberna, y aquí estoy yo, sentada con su cena esperándole...

Salió. Mientras echaba trozo tras trozo de carbón sobre el fuego rojo, las sombras caían sobre las paredes, hasta que la habitación quedó casi en total oscuridad.

—No veo —refunfuñó el invisible John.

A su pesar, la madre rio.

—Ya sabes el camino a tu boca —dijo.

Dejó el recogedor fuera de la puerta. Cuando regresó como una sombra al hogar, el muchacho repitió, quejándose con hosquedad:

—No veo.

—¡Santo cielo! —exclamó la madre, irritada—, ¡eres tan malo como tu padre si está un poco oscuro!

Sin embargo, cogió un papel enrollado de un fajo que había en la repisa de la chimenea y procedió a encender la lámpara que colgaba del techo en el centro de la habitación. Al estirarse, su figura se mostró, apenas redondeada por la maternidad.

—¡Oh, madre...! —exclamó la niña.

—¿Qué? —dijo la mujer, suspendida en el acto de poner el cristal de la lámpara sobre la llama. El reflector de cobre brillaba hermosamente sobre ella, mientras permanecía con el brazo en alto, volviéndose para mirar a su hija.

—¡Llevas una flor en el delantal! —dijo la niña, en un pequeño arrebató de éxtasis ante este acontecimiento inusual.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer, aliviada—. Cualquiera diría que la casa está en llamas.

Volvió a colocar el cristal y esperó un momento antes de subir la mecha. Una sombra pálida se vio flotando vagamente en el suelo.

—¡Déjame olerla! —dijo la niña, todavía extasiada, acercándose y poniendo su cara en la cintura de su madre.

—¡Anda, tonta! —dijo la madre, subiendo la lámpara. La luz reveló su tensión, de modo que la mujer la sintió casi insoportable. Annie seguía inclinada sobre su cintura. Irritada, la madre sacó las flores de la cinta del delantal.

—¡Oh, madre... no las saques! —gritó Annie, agarrándole la mano e intentando volver a colocar la ramita.

—¡Qué tontería! —dijo la madre, dándose la vuelta.

La niña se llevó los pálidos crisantemos a los labios, murmurando:

—¡Huelen de maravilla!

Su madre soltó una risa breve.

—No —dijo—, para mí no. Había crisantemos cuando me casé con él, y crisantemos cuando naciste tú, y la primera vez que lo trajeron a casa borracho, llevaba crisantemos marrones en el ojal.

Miró a los niños. Sus ojos y sus labios entreabiertos mostraban asombro. La madre permaneció sentada, meciéndose en silencio durante un rato. Luego miró el reloj.

—¡Las seis menos veinte! —en un tono de refinada y amarga despreocupación, continuó—: Eh, ahora no vendrá hasta que lo traigan. ¡Ahí se quedará! Pero no necesita entrar aquí rodando con la suciedad de la mina, porque yo no lo lavaré. Puede tumbarse en el suelo... ¡Eh, qué tonta he sido, qué tonta! Y para esto vine aquí, a este agujero sucio, con ratas y todo, para que él se escabulla pasando por su propia puerta. Dos veces la semana pasada... ya ha empezado...

Se calló y se levantó para recoger la mesa.

Mientras durante una hora o más los niños jugaban, contenidos y abertos, con una imaginación fértil, unidos por el miedo a la ira de la madre y el temor al regreso de su padre, la señora Bates se sentaba en su mecedora confeccionando una camiseta de franela gruesa de color crema, que producía un sonido sordo y lastimero al rasgar el borde gris. Trabajaba en su costura con energía, escuchando a los niños, y su ira se fue cansando, se echó a descansar, abriendo los ojos de vez en cuando y observando fijamente, con las orejas aguzadas para escuchar. A veces, incluso su ira se acobardaba y encogía, y la madre suspendía su costura, siguiendo los pasos que resonaban en las traviesas de afuera; levantaba la cabeza bruscamente para mandar callar a los niños, pero se recuperaba a tiempo, y los pasos pasaban de largo por la cancela, y los niños no eran expulsados de su mundo de juegos.

Pero al final Annie suspiró y se rindió. Miró su vagón de zapatillas y aborreció el juego. Se volvió quejumbrosamente hacia su madre.

— ¡Madre! — pero no pudo articular palabra.

John salió arrastrándose como una rana de debajo del sofá. Su madre levantó la vista.

— Sí — dijo —, ¡mira esas mangas de camisa!

El niño las extendió para examinarlas, sin decir nada. Entonces alguien gritó con voz ronca a lo lejos, por la vía, y la tensión erizó el ambiente en la habitación, hasta que dos personas pasaron por fuera, hablando.

— Es hora de acostarse — dijo la madre.

— Mi padre no ha venido — se lamentó Annie quejumbrosamente.

Pero su madre estaba armada de valor.

— No importa. Lo traerán cuando venga... como un tronco. — Quería decir que no habría ninguna escena —. Y puede dormir en el suelo hasta que se despierte solo. ¡Sé que no irá a trabajar mañana después de esto!

Les limpiaron las manos y la cara a los niños con una toallita. Estaban muy callados. Cuando se pusieron los camisones, rezaron sus oraciones, el niño mascullando. La madre los miró, la mata de seda castaña de rizos entrelazados en la nuca de la niña, la cabecita negra del muchacho, y su

corazón estalló de ira contra su padre, que les causaba a los tres tanta angustia. Los niños escondieron la cara en sus faldas buscando consuelo.

Cuando la señora Bates bajó, la habitación estaba extrañamente vacía, con una tensión de expectación. Cogió su costura y cosió durante un rato sin levantar la cabeza. Mientras tanto, su ira se teñía de miedo.

II

El reloj dio las ocho y ella se levantó de repente, dejando caer la costura en su silla. Fue a la puerta del pie de la escalera, la abrió y escuchó. Luego salió, cerrando la puerta con llave tras de sí.

Algo se escabulló en el patio y ella se sobresaltó, aunque sabía que solo eran las ratas que infestaban el lugar. La noche era muy oscura. En la gran playa de vías, abarrotada de vagones, no había rastro de luz, solo a lo lejos podía ver unas pocas lámparas amarillas en la boca de la mina, y la mancha roja del escorial ardiendo en la noche. Se apresuró por el borde de la vía, luego, cruzando las líneas convergentes, llegó al saltadero junto a las cancelas blancas, desde donde salió a la carretera. Entonces, el miedo que la había impulsado disminuyó. La gente caminaba hacia New Brinsley; vio las luces en las casas; veinte metros más allá estaban los amplios ventanales del «Prince of Wales», muy cálidos y brillantes, y se oían claramente las voces fuertes de los hombres. ¡Qué tonta había sido al imaginar que le había pasado algo! Simplemente estaba bebiendo allí, en el «Prince of Wales». Vaciló. Nunca había ido a buscarlo y nunca iría. Así que continuó su camino hacia la larga y desordenada hilera de casas, que se alzaban vacías en la carretera. Entró en un pasaje entre las viviendas.

—¿El señor Rigley?... ¡Sí! ¿Lo buscaba? No, no está en este momento.

La mujer de huesos grandes se inclinó desde su oscura fregadera y escudriñó a la otra, sobre quien caía una luz tenue a través de la persiana de la ventana de la cocina.

—¿Es la señora Bates? —preguntó en un tono teñido de respeto.

—Sí. Me preguntaba si su marido estaba en casa. El mío aún no ha llegado.

—¡No me diga! Ah, Jack ha estado en casa, ha cenado y ha salido. Acaba de salir media horita antes de acostarse. ¿Ha preguntado en el «Prince of Wales»?

—No...

—¡No, no le apetecía...! No es muy agradable. —La otra mujer fue comprensiva. Hubo una pausa incómoda—. Jack no dijo nada sobre... sobre su marido —dijo.

—¡No! ¡Supongo que estará metido ahí!

Elizabeth Bates dijo esto con amargura y temeridad. Sabía que la mujer del otro lado del patio estaba en su puerta escuchando, pero no le importó. Cuando se dio la vuelta:

—¡Espere un minuto! Voy a preguntarle a Jack si sabe algo —dijo la señora Rigley.

—Oh, no... ¡no quisiera molestar...!

—Sí, iré, si entra un momento y vigila que los niños no bajen y se prendan fuego.

Elizabeth Bates, murmurando una protesta, entró. La otra mujer se disculpó por el estado de la habitación.

La cocina necesitaba una disculpa. Había vestiditos y pantalones y ropa interior infantil en el diván y en el suelo, y un desorden de juguetes por todas partes. Sobre el hule negro americano de la mesa había trozos de pan y pastel, cortezas, restos de líquidos y una tetera con té frío.

—Eh, la nuestra está igual de mal —dijo Elizabeth Bates, mirando a la mujer, no a la casa.

La señora Rigley se puso un chal sobre la cabeza y salió apresuradamente, diciendo:

—No tardo un minuto.

La otra se sentó, observando con una leve desaprobación el desorden general de la habitación. Luego se puso a contar los zapatos de varios tamaños esparcidos por el suelo. Había doce. Suspiró y se dijo a sí misma: «¡No me extraña!», mirando el desorden. Se oyó el rascar de dos pares de pies en el patio, y los Rigley entraron. Elizabeth Bates se levantó. Rigley era un hombre grande, con huesos muy grandes. Su cabeza parecía particularmente huesuda. En la sien tenía una cicatriz azul, causada por una herida sufrida en la mina, una herida en la que el polvo de carbón había quedado azul como un tatuaje.

—¿Aún no ha vuelto a casa? —preguntó el hombre, sin ninguna forma de saludo, pero con deferencia y simpatía—. No sabría decirle dónde está... ¡allí no está! —hizo un gesto con la cabeza para señalar el «Prince of Wales».

—A lo mejor ha subido al «Yew» —dijo la señora Rigley.

Hubo otra pausa. Rigley evidentemente tenía algo que quitarse de encima:

—Lo dejé terminando un turno —empezó—. Hacía unos diez minutos que habían dado el toque de salida cuando nos vinimos, y le grité: «¿Vienes, Walt?», y él dijo: «Seguid, no tardaré ni medio minuto», así que bajamos al fondo, Bowers y yo, pensando que venía justo detrás, y que subiría en la siguiente jaula...

Se quedó perplejo, como si respondiera a una acusación de haber abandonado a su compañero. Elizabeth Bates, ahora de nuevo segura del desastre, se apresuró a tranquilizarlo:

—Supongo que ha subido al «Yew Tree», como usted dice. No es la primera vez. Ya me he puesto enferma de preocupación antes. Volverá a casa cuando lo traigan a cuestras.

—¡Ay, no está nada bien! —lamentó la otra mujer.

—Voy a acercarme a casa de Dick a ver si está allí —se ofreció el hombre, temeroso de parecer alarmado, temeroso de tomarse libertades.

—Oh, no se me ocurriría molestarle tanto —dijo Elizabeth Bates, con énfasis, pero él supo que ella agradecía su ofrecimiento.

Mientras subían a trompicones por el pasadizo, Elizabeth Bates oyó a la mujer de Rigley correr por el patio y abrir la puerta de su vecina. Al oír esto, de repente toda la sangre de su cuerpo pareció huir de su corazón.

—¡Cuidado! —advirtió Rigley—. Ya he dicho muchas veces que rellenaría estos baches del pasadizo, alguien se va a romper las piernas todavía.

Ella se recuperó y caminó rápidamente junto al minero.

—No me gusta dejar a los niños en la cama sin nadie en la casa —dijo.

—¡No, claro que no! —respondió él cortésmente.

Pronto estuvieron en la cancela de la casita.

—Bueno, no tardaré muchos minutos. No se preocupe ahora, él estará bien —dijo el capataz.

—Muchas gracias, señor Rigley —respondió ella.

—¡De nada! —tartamudeó él, alejándose—. No tardaré muchos minutos.

La casa estaba en silencio. Elizabeth Bates se quitó el sombrero y el chal, y enrolló la alfombra. Cuando terminó, se sentó. Eran las nueve y pocos minutos. Se sobresaltó por el rápido resoplido de la máquina de extracción de la mina y el agudo chirrido de los frenos en el cable al descender. De nuevo sintió el doloroso torrente de su sangre, y se llevó la mano al costado, diciendo en voz alta: «¡Santo cielo!... es solo el vigilante de las nueve que baja», reprendiéndose a sí misma.

Se quedó quieta, escuchando. Media hora de esto, y estaba agotada.

«¿Por qué me estoy alterando así? —se dijo a sí misma lastimosamente—. Solo voy a hacerme daño».

Sacó su costura de nuevo.

A las diez menos cuarto se oyeron pasos. ¡Una persona! Observó la puerta, esperando que se abriera. Era una mujer anciana, con un sombrero de ala negro y un chal de lana negro: su madre. Tenía unos sesenta años, era páli-

da, de ojos azules, y su rostro estaba todo arrugado y lastimero. Cerró la puerta y se volvió hacia su nuera con irritación.

— ¡Ay, Lizzie, qué vamos a hacer, qué vamos a hacer! — exclamó.

Elizabeth retrocedió un poco, bruscamente.

— ¿Qué pasa, madre? — dijo.

La mujer mayor se sentó en el sofá.

— ¡No lo sé, hija, no puedo decírtelo! — meneó la cabeza lentamente. Elizabeth se sentó a observarla, ansiosa y contrariada.

— No lo sé — respondió la abuela, suspirando muy profundamente—. Mis problemas no tienen fin, no lo tienen. Las cosas por las que he pasado, ¡estoy segura de que es suficiente...! — Lloraba sin secarse los ojos, las lágrimas corrían.

— Pero, madre — interrumpió Elizabeth —, ¿qué quieres decir? ¿Qué pasa?

La abuela se secó lentamente los ojos. Las fuentes de sus lágrimas se detuvieron ante la franqueza de Elizabeth. Se secó los ojos lentamente.

— ¡Pobre niña! ¡Ay, pobrecita! — gimió—. No sé qué vamos a hacer, no lo sé... y tú, tal como estás... ¡es una cosa, sí que lo es!

Elizabeth esperó.

— ¿Está muerto? — preguntó, y al oír esas palabras su corazón se agitó violentamente, aunque sintió un ligero rubor de vergüenza por la extravagancia última de la pregunta. Sus palabras asustaron lo suficiente a la anciana, casi la hicieron volver en sí.

— ¡No digas eso, Elizabeth! Esperemos que no sea tan grave; no, que el Señor nos libre de eso, Elizabeth. Jack Rigley vino justo cuando me sentaba a tomar una copa antes de acostarme, y me dijo: «A lo mejor baja usted por la vía, señora Bates. Walt ha tenido un accidente. A lo mejor va usted y se sienta con ella hasta que podamos traerlo a casa». No tuve tiempo de preguntarle ni una palabra antes de que se fuera. Y me puse el sombrero y vine directamente, Lizzie. Pensé para mis adentros: «Ay, esa pobre bendita, si alguien viniera y se lo dijera de repente, no se sabe lo que le podría pasar». No debes dejar que te afecte, Lizzie... o ya sabes lo que te espera. ¿Cuánto

tiempo hace, seis meses... o son cinco, Lizzie? ¡Ay! —la anciana meneó la cabeza— ¡el tiempo pasa, el tiempo pasa! ¡Ay!

Los pensamientos de Elizabeth estaban ocupados en otra parte. Si lo habían matado, ¿podría arreglárselas con la pequeña pensión y lo que pudiera ganar? Hizo cuentas rápidamente. Si estaba herido —no lo llevarían al hospital—, ¿qué pesado sería cuidarlo! Pero quizás podría alejarlo de la bebida y de sus odiosas costumbres. Lo haría, mientras estuviera enfermo. Las lágrimas asomaron a sus ojos ante la imagen. Pero, ¿qué lujo sentimental era este que empezaba a permitirse? Se volvió para pensar en los niños. En cualquier caso, ella era absolutamente necesaria para ellos. Eran asunto suyo.

—¡Ay! —repitió la anciana—, parece que fue hace solo una o dos semanas cuando me trajo su primer salario. Ay... era un buen muchacho, Elizabeth, lo era, a su manera. No sé por qué se volvió tan problemático, no lo sé. Era un chico feliz en casa, solo que lleno de vitalidad. Pero no hay duda de que ha sido un verdadero problema, ¡vaya que sí! Espero que el Señor le perdone la vida para que enmiende sus caminos. Eso espero, eso espero. Has tenido muchos problemas con él, Elizabeth, sí que los has tenido. Pero conmigo era un chico bastante alegre, lo era, te lo aseguro. No sé cómo es que...

La anciana continuó reflexionando en voz alta, un sonido monótono e irritante, mientras Elizabeth pensaba concentradamente, sobresaltándose una vez, cuando oyó el rápido resoplido de la máquina de extracción y el chirrido de los frenos al frenar. Luego oyó la máquina más lentamente, y los frenos no hicieron ruido. La anciana no se dio cuenta. Elizabeth esperó en suspense. La suegra hablaba, con lapsos de silencio.

—Pero no era tu hijo, Lizzie, y eso marca la diferencia. Fuera lo que fuese, lo recuerdo cuando era pequeño, y aprendí a entenderlo y a ser indulgente. Hay que ser indulgente con ellos...

Eran las diez y media, y la anciana decía: «Pero es un problema de principio a fin; nunca se es demasiado viejo para los problemas, nunca demasiado viejo para eso...» cuando la cancela se abrió de golpe y se oyeron pasos pesados en los escalones.

— Yo iré, Lizzie, déjame ir a mí — gritó la anciana, levantándose. Pero Elizabeth ya estaba en la puerta. Era un hombre con ropa de minero.

— Lo traen, señora — dijo.

El corazón de Elizabeth se detuvo un momento. Luego volvió a latir con fuerza, casi asfixiándola.

— ¿Está... está grave? — preguntó.

El hombre se apartó, mirando a la oscuridad:

— El médico dice que llevaba horas muerto. Lo vio en la lampistería.

La anciana, que estaba justo detrás de Elizabeth, se dejó caer en una silla y, juntando las manos, gritó:

— ¡Oh, mi niño, mi niño!

— ¡Chist! — dijo Elizabeth, con un brusco fruncimiento de ceño—. Cálale, madre, no despiertes a los niños. ¡No los querría abajo por nada del mundo!

La anciana gimió suavemente, meciéndose. El hombre se estaba retirando. Elizabeth dio un paso adelante.

— ¿Cómo fue? — preguntó.

— Bueno, no sabría decirlo con seguridad — respondió el hombre, muy incómodo—. Estaba terminando un turno y los capataces se habían ido, y se le vino encima un montón de material.

— ¿Y lo aplastó? — exclamó la viuda, con un escalofrío.

— No — dijo el hombre —, le cayó por detrás. Él estaba bajo el frente de arranque y ni siquiera lo tocó. Lo dejó encerrado. Parece que se asfixió.

Elizabeth retrocedió. Oyó a la anciana detrás de ella gritar:

— ¿Qué? ¿Qué ha dicho que fue?

El hombre respondió, más alto:

— ¡Se asfixió!

Entonces la anciana se lamentó en voz alta, y esto alivió a Elizabeth.

—Oh, madre —dijo, poniendo la mano sobre la anciana—, no despiertes a los niños, no despiertes a los niños.

Lloró un poco, sin saberlo, mientras la anciana madre se mecía y gemía. Elizabeth recordó que lo traían a casa y que debía estar preparada. «Lo pondrán en el salón», se dijo, de pie un momento, pálida y perpleja.

Entonces encendió una vela y entró en la diminuta habitación. El aire era frío y húmedo, pero no podía encender fuego, no había chimenea. Dejó la vela y miró a su alrededor. La luz de la vela brillaba en las copas de cristal tallado, en los dos jarrones que contenían algunos de los crisantemos rosas y en la caoba oscura. Había un olor frío y mortal a crisantemos en la habitación. Elizabeth se quedó mirando las flores. Se apartó y calculó si habría espacio para tenderlo en el suelo, entre el sofá y el chifonier. Apartó las sillas. Habría espacio para tenderlo y para caminar a su alrededor. Luego trajo el viejo mantel rojo y otro paño viejo, extendiéndolos para proteger su trozo de alfombra. Se estremeció al salir del salón; así que, del cajón del aparador, sacó una camisa limpia y la puso junto al fuego para que se oreara. Todo el tiempo su suegra se mecía en la silla y gemía.

—Tendrás que moverte de ahí, madre —dijo Elizabeth—. Lo van a traer. Ven a la mecedora.

La anciana madre se levantó mecánicamente y se sentó junto al fuego, sin dejar de lamentarse. Elizabeth fue a la despensa a por otra vela, y allí, en el pequeño cobertizo bajo las tejas desnudas, los oyó llegar. Se quedó quieta en el umbral de la despensa, escuchando. Los oyó pasar por el extremo de la casa y bajar torpemente los tres escalones, una mezcla de pasos arrastrados y voces murmurantes. La anciana guardó silencio. Los hombres estaban en el patio.

Entonces Elizabeth oyó a Matthews, el director de la mina, decir:

—Entra tú primero, Jim. ¡Cuidado!

La puerta se abrió, y las dos mujeres vieron a un minero entrando de espaldas en la habitación, sosteniendo un extremo de una camilla, sobre la que podían ver las botas de mina claveteadas del hombre muerto. Los dos camilleros se detuvieron, el hombre de la cabeza agachándose ante el dintel de la puerta.

—¿Dónde quiere que lo pongamos? —preguntó el director, un hombre bajo y de barba blanca.

Elizabeth se despabiló y salió de la despensa llevando la vela apagada.

—En el salón —dijo.

—¡Ahí dentro, Jim! —señaló el director, y los camilleros retrocedieron hasta la diminuta habitación. El abrigo con el que habían cubierto el cuerpo se cayó mientras giraban torpemente a través de las dos puertas, y las mujeres vieron a su hombre, desnudo de cintura para arriba, desvestido para el trabajo. La anciana comenzó a gemir en voz baja de horror.

—Dejad la camilla a un lado —ordenó bruscamente el director—, y ponedlo sobre los paños. ¡Cuidado ahora, cuidado! ¡Mirad ahora...!

Uno de los hombres había tirado un jarrón de crisantemos. Miró torpemente, luego dejaron la camilla en el suelo. Elizabeth no miró a su marido. Tan pronto como pudo entrar en la habitación, fue a recoger el jarrón roto y las flores.

—¡Esperen un minuto! —dijo.

Los tres hombres esperaron en silencio mientras ella secaba el agua con un paño.

—¡Eh, qué faena, qué faena, desde luego! —decía el director, frotándose la frente con preocupación y perplejidad—. ¡Nunca he visto algo así en mi vida, nunca! No tenía por qué haberse quedado solo. ¡Nunca he visto algo así en mi vida! Le cayó encima limpio como una patena, y lo dejó encerrado. No había ni metro y medio de espacio, no lo había... y sin embargo apenas lo magulló.

Miró al hombre muerto, tendido boca abajo, medio desnudo, todo mugriente de polvo de carbón.

—«Asfixiado», dijo el médico. Es el trabajo más terrible que he conocido. Parece como si hubiera sido hecho a propósito. Limpio sobre él, y lo encerró, como una ratonera —hizo un gesto brusco y descendente con la mano.

Los mineros presentes giraron la cabeza a un lado en un comentario desesperanzado.

El horror de la cosa los erizó a todos.

Entonces oyeron la voz de la niña en el piso de arriba, llamando estridentemente:

—Madre, madre... ¿quién es? Madre, ¿quién es?

Elizabeth corrió al pie de la escalera y abrió la puerta:

—¡A dormir! —ordenó bruscamente—. ¿Por qué gritas? Vete a dormir de una vez... no pasa nada...

Luego empezó a subir las escaleras. Podían oírla sobre las tablas y sobre el suelo de yeso del pequeño dormitorio. Podían oírla con claridad:

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué te pasa, tontita? —su voz estaba muy agitada, con una dulzura irreal.

—Pensé que habían venido unos hombres —dijo la voz quejumbrosa de la niña—. ¿Ha venido él?

—Sí, lo han traído. No hay por qué armar tanto alboroto. Duérmete ahora, como una niña buena.

Podían oír su voz en el dormitorio, esperaron mientras cubría a los niños con la ropa de cama.

—¿Está borracho? —preguntó la niña, tímida, débilmente.

—¡No! No... ¡no lo está! Él... él está dormido.

—¿Está dormido abajo?

—Sí... y no hagas ruido.

Hubo silencio por un momento, luego los hombres oyeron de nuevo a la niña asustada:

—¿Qué es ese ruido?

—No es nada, te digo, ¿por qué te preocupas?

El ruido era el gemido de la abuela. Estaba ajena a todo, sentada en su silla meciéndose y gimiendo. El director le puso la mano en el brazo y le dijo «¡Chis... chis!».

La anciana abrió los ojos y lo miró. Se sorprendió por esta interrupción y pareció preguntarse algo.

—¿Qué hora es? —la voz lastimera y delgada de la niña, hundiéndose de nuevo, infeliz, en el sueño, hizo esta última pregunta.

—Las diez —respondió la madre más suavemente. Luego debió de inclinarse y besar a los niños.

Matthews hizo señas a los hombres para que se fueran. Se pusieron las gorras y cogieron la camilla. Pasando por encima del cuerpo, salieron de puntillas de la casa. Ninguno de ellos habló hasta que estuvieron lejos de los niños despiertos.

Cuando Elizabeth bajó, encontró a su madre sola en el suelo del salón, inclinada sobre el hombre muerto, las lágrimas cayendo sobre él.

—Tenemos que amortajarlo —dijo la esposa. Puso la tetera al fuego, luego, volviendo, se arrodilló a los pies y comenzó a desatar los anudados cordones de cuero. La habitación estaba húmeda y penumbrosa con una sola vela, de modo que tuvo que inclinar el rostro casi hasta el suelo. Por fin le quitó las pesadas botas y las guardó.

—Ahora tienes que ayudarme —le susurró a la anciana. Juntas desnudaron al hombre.

Cuando se levantaron y lo vieron yacer en la ingenua dignidad de la muerte, las mujeres se quedaron paralizadas por el miedo y el respeto. Durante unos momentos permanecieron quietas, mirando hacia abajo, la anciana madre gimoteando. Elizabeth se sintió desautorizada. Lo vio, cuán absolutamente inviolable yacía en sí mismo. Ella no tenía nada que ver con él. No podía aceptarlo. Inclinandose, posó su mano sobre él, en un acto de reclamo. Todavía estaba caliente, pues la mina donde había muerto era calurosa. Su madre tenía el rostro de él entre las manos y murmuraba incoherentemente. Las viejas lágrimas caían en sucesión como gotas de hojas mojadas; la madre no lloraba, simplemente sus lágrimas fluían. Elizabeth abrazó el cuerpo de su marido, con la mejilla y los labios. Parecía estar escuchando, inquiriendo, tratando de establecer alguna conexión. Pero no pudo. Fue rechazada. Él era inexpugnable.

Se levantó, fue a la cocina, donde vertió agua tibia en un cuenco, trajo jabón, una toallita y una toalla suave.

—Debo lavarlo —dijo.

Entonces la anciana madre se levantó con rigidez y observó a Elizabeth mientras le lavaba cuidadosamente el rostro, apartando con esmero el gran bigote rubio de su boca con la toallita. Estaba asustada con un miedo insondable, así que lo atendió. La anciana, celosa, dijo:

—¡Déjame secarlo a mí! —y se arrodilló al otro lado, secando lentamente mientras Elizabeth lavaba, su gran sombrero negro rozando a veces la oscura cabeza de su hija.

Trabajaron así en silencio durante mucho tiempo. Nunca olvidaron que era la muerte, y el contacto con el cuerpo muerto del hombre les provocaba extrañas emociones, diferentes en cada una de las mujeres; un gran pavor se apoderó de ambas, la madre sintió que se desmentía su vientre, fue negada; la esposa sintió el absoluto aislamiento del alma humana, el niño dentro de ella era un peso aparte de ella.

Por fin, terminaron. Era un hombre de cuerpo hermoso, y su rostro no mostraba rastros de bebida. Era rubio, de carnes llenas, con miembros finos. Pero estaba muerto.

—¡Dios lo bendiga! —susurró su madre, mirando siempre su rostro y hablando por puro terror—. ¡Querido muchacho... Dios lo bendiga! —Habló en un éxtasis débil y sibilante de miedo y amor maternal.

Elizabeth se desplomó de nuevo en el suelo, apoyó la cara contra el cuello de él, y tembló y se estremeció. Pero tuvo que apartarse de nuevo. Él estaba muerto, y su carne viva no tenía lugar junto a la de él. Un gran pavor y un gran cansancio la atenazaban: era tan inútil. Su vida se había ido así.

—Blanco como la leche, claro como un bebé de un año, ¡bendito sea, mi tesoro! —murmuraba la anciana madre para sí—. Ni una marca en él, claro, limpio y blanco, hermoso como jamás se hizo un niño —murmuraba con orgullo. Elizabeth mantuvo el rostro oculto.

—Se fue en paz, Lizzie... en paz como un sueño. ¿No es hermoso, el corderito? Ay... debió de hacer las paces, Lizzie. A lo mejor lo arregló todo, Lizzie, encerrado ahí. Tuvo tiempo. No tendría este aspecto si no hubiera hecho las paces. El cordero, el querido cordero. Eh, pero tenía una risa tan cordial. Me encantaba oírla. Tenía la risa más cordial, Lizzie, de muchacho...

Elizabeth levantó la vista. La boca del hombre había caído hacia atrás, ligeramente abierta bajo la cubierta del bigote. Los ojos, entrecerrados, no parecían vidriosos en la oscuridad. La vida, con su ardor humeante, se había ido de él, dejándolo aparte y completamente ajeno a ella. Y ella supo qué extraño le era. En su vientre había un hielo de miedo, a causa de este extraño separado con el que había estado viviendo como una sola carne. ¿Era esto lo que todo significaba: una absoluta e intacta individualidad, oscurecida por el ardor de la vida? Aterrada, volvió la cara. El hecho era demasiado mortal. No había habido nada entre ellos y, sin embargo, se habían unido, intercambiando su desnudez repetidamente. Cada vez que él la había tomado, habían sido dos seres aislados, tan distantes como ahora. Él no era más responsable que ella. El niño era como hielo en su vientre. Pues mientras miraba al hombre muerto, su mente, fría y desapegada, decía claramente: «¿Quién soy? ¿Qué he estado haciendo? He estado luchando contra un marido que no existía. Él existió todo el tiempo. ¿Qué mal he hecho? ¿Con qué he estado viviendo? Ahí yace la realidad, este hombre». Y su alma murió de miedo en su interior: supo que nunca lo había visto, que él nunca la había visto a ella, que se habían encontrado en la oscuridad y habían luchado en la oscuridad, sin saber a quién encontraban ni contra quién luchaban. Y ahora veía, y enmudecía al ver. Porque se había equivocado. Había dicho que él era algo que no era; se había sentido familiarizada con él. Mientras que él estuvo aparte todo el tiempo, viviendo como ella nunca vivió, sintiendo como ella nunca sintió.

Con miedo y vergüenza miró su cuerpo desnudo, que había conocido falsamente. Y él era el padre de sus hijos. Su alma fue arrancada de su cuerpo y se mantuvo aparte. Miró su cuerpo desnudo y se avergonzó, como si lo hubiera negado. Después de todo, era él mismo. Le pareció terrible. Miró su rostro y volvió el suyo hacia la pared. Porque la mirada de él era distinta a la de ella, su camino no era el camino de ella. Le había negado lo que él era... ahora lo veía. Lo había rechazado como él mismo. Y esta había sido su vida, y la vida de él. Estaba agradecida a la muerte, que restauraba la verdad. Y sabía que ella no estaba muerta.

Y todo el tiempo su corazón estallaba de dolor y piedad por él. ¿Qué había sufrido? ¿Qué abismo de horror para este hombre indefenso! Estaba rígida de agonía. No había podido ayudarlo. Había sido cruelmente herido, este hombre desnudo, este otro ser, y ella no podía hacer ninguna

reparación. Estaban los niños... pero los niños pertenecían a la vida. Este hombre muerto no tenía nada que ver con ellos. Él y ella solo eran canales a través de los cuales la vida había fluido para desembocar en los niños. Ella era madre... pero qué terrible sabía ahora que era haber sido esposa. Y él, muerto ahora, qué terrible debió de haber sentido ser un marido. Sintió que en el otro mundo él sería un extraño para ella. Si se encontraban allí, en el más allá, solo se avergonzarían de lo que había sido antes. Los niños habían llegado, por alguna misteriosa razón, de ambos. Pero los niños no los unían. Ahora que él estaba muerto, ella sabía cuán eternamente él estaba separado de ella, cuán eternamente no tenía nada más que ver con ella. Vio este episodio de su vida cerrado. Se habían negado el uno al otro en vida. Ahora él se había retirado. Una angustia se apoderó de ella. Se había acabado entonces: se había vuelto irremediable entre ellos mucho antes de que él muriera. Y sin embargo, había sido su marido. ¡Pero qué poco!

—¿Tienes su camisa, 'Lizabeth?

Elizabeth se volvió sin responder, aunque se esforzaba por llorar y comportarse como su suegra esperaba. Pero no podía, estaba enmudecida. Fue a la cocina y volvió con la prenda.

—Está oreada —dijo, agarrando la camisa de algodón aquí y allá para comprobarlo. Casi se avergonzaba de tocarlo; ¿qué derecho tenía ella o cualquiera de ponerle las manos encima?; pero su tacto era humilde sobre su cuerpo. Fue un trabajo duro vestirlo. Era tan pesado e inerte. Un pavor terrible la atenazaba todo el tiempo: que pudiera ser tan pesado y completamente inerte, sin respuesta, aparte. El horror de la distancia entre ellos era casi demasiado para ella; era un abismo tan infinito el que debía contemplar.

Por fin, terminaron. Lo cubrieron con una sábana y lo dejaron yacer, con el rostro vendado. Y cerró con llave la puerta del saloncito, para que los niños no vieran lo que allí yacía. Luego, con la paz hundida pesadamente en su corazón, se dedicó a ordenar la cocina. Sabía que se sometía a la vida, que era su amo inmediato. Pero de la muerte, su amo definitivo, retrocedía con miedo y vergüenza.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB